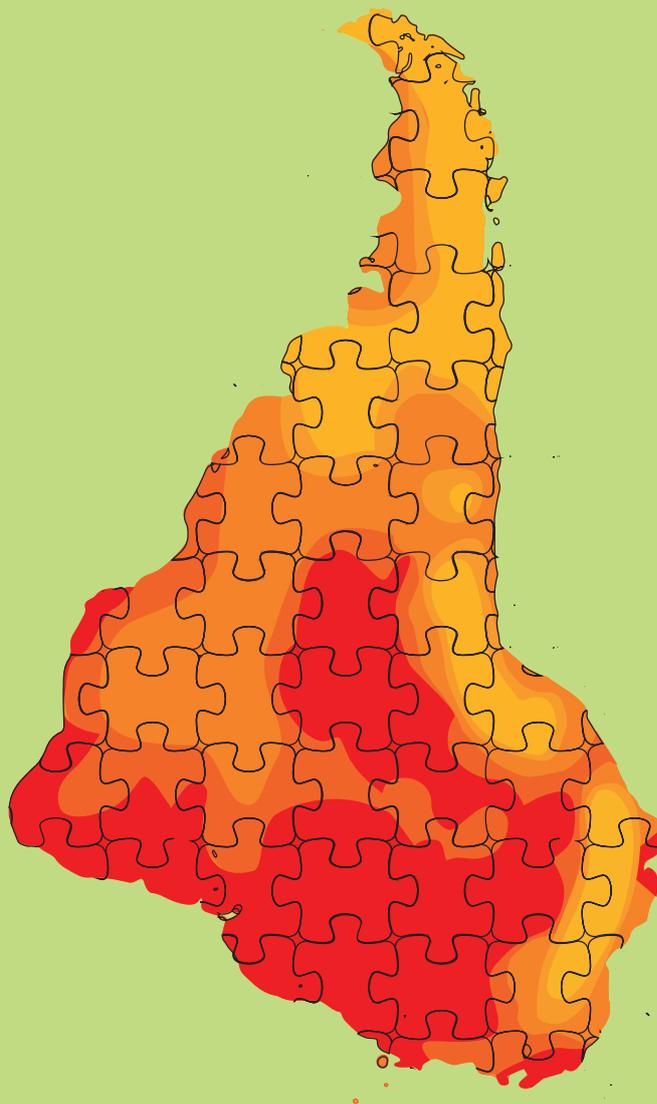




Associação de Filosofia  
e História da Ciência do Cone Sul  
Asociación de Filosofía  
e Historia de la Ciencia del Cono Sur

Volumen II: A filosofia das ciências sociais na América do Sul  
/ Ciencia, género(s) y feminismo(s).

# Filosofía e historia de la ciencia y sociedad en Latinoamérica



**Coordina**  
Federico Bernabé

**Editan**  
Claudio Abreu  
Federico Bernabé  
Sandra Caponi  
Alberto Oliva

Filosofía e historia de la ciencia y sociedad en Latinoamérica

Vol. 2: A filosofia das ciências sociais na América do Sul / Ciencia, género(s) y feminismo(s)

Federico Bernabé (coord.)

Claudio Abreu, Federico Bernabé, Sandra Caponi, Alberto Oliva (eds.)

ISBN: 978-65-86622-02-7

2021, Associação de Filosofia e História da Ciência do Cone Sul (AFHIC), Buenos Aires e São Carlos

## Presentación del coordinador

---

El libro que presentamos a continuación es resultado de una convocatoria abierta por parte de la dirección de publicaciones de la Asociación de Filosofía e Historia de la Ciencia del Cono Sur (AFHIC). Esta convocatoria emerge como una respuesta al creciente interés en la filosofía e historia de la ciencia latinoamericana sobre el impacto social de las disciplinas metacientíficas. Las publicaciones sobre filosofía feminista de la ciencia, problemas ambientales, política científica etc. han incrementado notablemente en las últimas décadas. Una parte importante de los y las profesionales en formación en nuestras disciplinas exploran el modo en el que la reflexión filosófica e histórica sobre la ciencia puede iluminar aspectos socialmente relevantes. Ya en el último Congreso de la AFHIC celebrado en 2018 tres de las cuatro mesas plenarias tuvieron como eje aspectos tratados en el presente libro: género, política científica y valores en ciencia y tecnología

La publicación de este libro responde, además, al objetivo general de la AFHIC de contribuir al desarrollo y perfeccionamiento de la filosofía e historia de la ciencia en la región. Es nuestra intención que la publicación de este libro fomente la discusión regional sobre estos problemas cuya relevancia va mucho más allá de la lógica interna de las disciplinas. El *annus horribilis* que la pandemia propició, puso en evidencia el volumen de las injusticias que el mundo en general y nuestra región en particular padecen. Pensar la ciencia y su lugar protagónico en la pandemia supone pensar también la desigualdad de género, el deterioro ambiental, el lugar de las ciencias sociales y las políticas científicas.

El libro se divide en dos volúmenes y cada volumen en dos secciones. Cada sección está a cargo de dos editores/as especialistas en la temática, quienes fueron responsables de coordinar la evaluación y selección de los trabajos publicados. En el volumen I se incluyen las secciones de Política Científica, a cargo de Leandro Giri y Judith Sutz, y de Medio Ambiente y Sociedad, a cargo de Constanza Rendon y Federico di Pasquo. El volumen II se compone de la sección de Filosofía e Historia de las Ciencias Sociales, editada por Alberto Oliva y Claudio Abreu, y la sección Ciencia, Género(s) y Feminismo(s), editada por Sandra Caponi y Federico Bernabé. Desde la dirección de publicaciones y la comisión directiva de AFHIC queremos reconocer y agradecer el extraordinario trabajo llevado adelante por los y las editoras en un contexto tan complejo como el que atravesamos, en cada país, a lo largo de 2020 (y lo que va de 2021). Sin su dedicación y esfuerzo esta publicación hubiera sido imposible.

No nos detendremos aquí en resumir los contenidos de cada sección, al inicio de cada una podrá encontrar el lector una síntesis inicial por parte de los y las editoras. Esperamos que la lectura de este material resulte estimulante y favorezca la discusión regional sobre la agenda social de la filosofía e historia de la ciencia.

Federico Nahuel Bernabé, director de publicaciones de AFHIC  
Buenos Aires, abril del 2021

## Volumen II

---

A filosofia das ciências sociais na América do Sul

---

## Ciencia, Género(s) y Feminismo(s)\*

*Sandra Caponi<sup>†</sup>*  
*Federico Nahuel Bernabé<sup>‡</sup>*

---

La filosofía feminista de la ciencia es uno de los movimientos filosóficos mejor asentados y más fructíferos de las últimas décadas. En nuestra América no es una excepción: muchos y muchas jóvenes filósofas latinoamericanas se forman en esta área, escribiendo tesis y produciendo artículos. A su vez, la temática de género y la epistemología feminista, parece estar cada vez más presente en el campo de la historia de la ciencia. Historiadoras e historiadores de la ciencia realizan estudios sobre mujeres científicas a partir de una perspectiva feminista, analizan las dificultades de género presentes en la producción de conocimiento y se detienen a analizar de qué modo las ciencias sociales y biológicas tematizaron a las mujeres y a la comunidad LGBT+ en diferentes momentos históricos.

Entre la historia y la filosofía feministas de la ciencia existe una imbricación no siempre explicitada pero siempre presente: del mismo modo que los y las historiadoras de la ciencia tienen alguna concepción acerca de qué es la ciencia, cómo se articula con su contexto, qué rol juegan los valores o qué es (y qué no es) una teoría científica, así los y las filósofas construyen sus análisis metacientíficos a partir de determinado relato histórico sobre las distintas disciplinas. Es decir, la historia (feminista) de la ciencia tiene unos supuestos filosóficos (feministas) y la filosofía (feminista) de la ciencia toma como objeto de estudio una determinada lectura histórica de la ciencia (no siempre feminista).

Dada esta mutua imbricación, y dada la necesidad de fomentar el desarrollo de una historia de la ciencia feminista, la mayor parte de los trabajos que componen esta sección pertenecen a dicha disciplina. Desde metabiografías de grandes científicas hasta análisis críticos de la historia de la psiquiatría, el y la lectora podrá acercarse a diversas articulaciones entre la historia de la ciencia y el feminismo que confiamos resulten iluminadoras. No obstante, también pueden encontrarse reflexiones de máxima actualidad, como el impacto género específico de la pandemia de la Covid-19 y estudios sobre el rol de las ciencias naturales en la formación de las mujeres en el período poscolonial. A continuación, hacemos una brevísima reseña de cada uno de los capítulos.

El capítulo de autoría de José Ignacio Allevi, problematiza de qué modo la historia de la psiquiatría argentina abordó la cuestión de la inversión sexual masculina a principios del siglo XX, examinando el trabajo de un destacado alienista argentino, Francisco de Veyga. Veyga realizó un estudio sistemático de la teoría de la degeneración, definiendo categorías con características específicas, patologizando elecciones sexuales, al mismo tiempo que definía e imponía parámetros ambiguos y supuestamente científicos de normalidad.

Carolina Bomfim presenta un análisis meta-biográfico de una de las científicas más famosas y reconocidas del mundo, Marie Curie (1867-1934). La primera mujer que recibió un premio Nobel. Realizando un análisis crítico que se fundamenta en una epistemología feminista, Carolina se pregunta hasta qué punto, el modo como es abordada la trayectoria científica de la figura de Marie

---

\* Va nuestro agradecimiento a todxs lxs colegas que caminaron antes que nosotrxs los caminos sinuosos de una filosofía e historia de la ciencia con perspectiva de género en América Latina. De aquellos senderos, estas avenidas.

<sup>†</sup> Profesora titular del Departamento de Sociología y Ciencia Política de la Universidad Federal de Santa Catarina-Brasil. Investigadora de CNPq

<sup>‡</sup> Centro de Estudios de Filosofía e Historia de la Ciencia (CEFHIC-UNQ-CIC-BA) y Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Investigador postdoctoral CONICET. fnbernabebloch@gmail.com

Curie no acaba perpetuando estereotipos sexistas y reforzando el carácter machista de la comunidad científica.

El Capítulo de autoría de Gransotto y Cristina Scheibe se detiene a analizar el lugar que ocupan las mujeres en la producción de conocimiento científico en Brasil. El objetivo del capítulo es tejer algunas reflexiones sobre la trayectoria de las investigadoras brasileiras en la producción del conocimiento científico. Se analiza el lugar que ocuparon, a lo largo de la historia, y el lugar que hoy ocupan las mujeres en las universidades, en los espacios de investigación y en los procesos de internacionalización del conocimiento.

Margareth Rago y Mauricio Pellegrini analizan el proceso de producción de la subjetividad en el marco del neoliberalismo. El estudio aborda la discusión sobre la subjetividad neoliberal, realizada por Foucault en el Nacimiento de la biopolítica, centrada en la figura del Capital humano y del empresario de sí. Aborda también la perspectiva feminista de análisis realizada por autoras de Nancy Fraser y de Johanna Oksala. Las autoras analizan de qué modo esas perspectivas teóricas se confrontan o dialogan entre sí, considerando la necesidad de pensar nuevas políticas feministas de la subjetividad, fuera del marco definido por el discurso neoliberal.

Bruna Falleiros y ValériaCazetta presentan un interesante análisis sobre la constitución de la autoridad epistémica de las imágenes de ultrasonido, recorriendo históricamente los hitos que condujeron a la medicina por imágenes y haciendo especial énfasis en el modo en el cual las ecografías transformaron la obstetricia. Recuperando los trabajos de Canguilhem y Didi-Huberman, se interrogan sobre la imbricación ecografía-ideología y el modo en el que las imágenes de ultrasonido son recuperadas por los movimientos contrarios a la legalización del aborto.

El capítulo de Gonzalo Peñaloza recopila y revisa la legislación escolar, planes de estudio y textos escolares de amplia circulación hasta mediados del siglo XX en Colombia. Allí se muestra cómo, a partir de la independencia, la educación toma el lugar de la religión organizada como forjador de unidad e identidad nacional. En el trabajo se hace hincapié en la educación diferencial de la mujer como pilar del hogar y en el modo en el que las ciencias naturales fueron adaptadas para servir a la “naturaleza de la mujer”. Es especialmente interesante el análisis que Peñaloza realiza sobre el higienismo como dispositivo ideológico, cómo la enseñanza de ciencias naturales estaba al servicio de ese dispositivo y la forma en la que las tareas higiénicas recaían especialmente en la formación de las mujeres.

El minucioso y exhaustivo trabajo de Laura F. Belli y Danila Suárez Tomé analiza el impacto social de la COVID-19 desde una perspectiva feminista. La pandemia propició una crisis global del sistema de cuidados y profundizó la desigualdad socioeconómica estructural que afecta negativamente sobre todo a las mujeres. El impacto desigual de la pandemia sobre las mujeres no es fruto del azar, sino de la fuerte feminización de las tareas del cuidado (tanto en el terreno informal-familiar como en el laboral-sanitario) y la invisibilización de estas tareas desde la ortodoxia económica. Además, la exclusión del género (y de otros ejes como la clase y la raza) en los estudios sobre la pandemia nos condena a una mirada miope sobre una realidad apremiante. Cierran su contribución, con seis propuestas para morigerar el desigual impacto de la pandemia sobre las mujeres y el colectivo LGTB+.

El capítulo de Sandra Caponi, enmarcado en la historia de la psiquiatría, revisa el descubrimiento de los neurolepticos y el modo en el que estas drogas fueran publicitadas. La revolución de los antipsicóticos cambia el medio, pero no los fines de la psiquiatría respecto de las mujeres: disciplinar y docilizar, atendiendo al lugar que la mujer debe tener en la sociedad según los mandatos patriarcales. Caponi muestra, por medio de las publicidades, la estrategia seguida por las compañías para traspasar los muros del asilo y llegar al hogar: el psicofármaco es la garantía de que la mujer vuelva “al lugar que le corresponde” que incluye cocinar y tener hijos.

# Hombres femeninos o mujeres que no eran tales. Sexo, género y psiquiatría en Buenos Aires a inicios del siglo XX\*

*José Ignacio Allevi†*

---

## Resumen

El trabajo analiza la problematización que Francisco de Veyga, destacado alienista argentino, efectuó sobre la inversión sexual masculina a principios del siglo XX. A partir de su estudio sistemático de una diversidad de sujetos que atravesaron los espacios de atención médica donde éste se desempeñaba en la ciudad de Buenos Aires, construyó categorías y características específicas con intenciones universalistas. Atravesada por la teoría de la degeneración y el evolucionismo, nuestro estudio sobre su operación de conocimiento buscar exponer su presentación de valores epocales bajo criterios de cientificidad, en particular por tratarse de elecciones genéricas y sexuales que cuestionaban la norma, así como sobre lo femenino.

*Palabras clave:* psiquiatría - degeneración - sexualidad - género

---

\* Este capítulo se enmarca en el proyecto de investigación “La conformación de los saberes psicológicos en Argentina (1900-1960): Entre los problemas de orden público y las acciones de gobierno” (Cód.: PSI373), financiado por el período 2017–2020 por la Universidad Nacional de Rosario (Argentina).

† Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral (IHuCSo–CONICET/UNL); Universidad Nacional de Rosario (UNR, Argentina).

## 1. Introducción

Podríamos afirmar, sin ánimos a equivocarnos, que una de las invenciones más contradictorias de la modernidad occidental fue la del individuo tal como lo referenciamos hoy día. El desarrollo paulatino de las Luces primero, el Liberalismo y su *homo oeconomicus* luego, y la aceleración abierta con la doble revolución, condujeron a la emergencia de una esfera privada, condición de posibilidad para una intimidad material y subjetiva, donde algunas disciplinas se arrogaban prerrogativas significantes.

La complejidad de un proceso semejante convocó por largo tiempo la mirada de la teoría social. Mientras algunos lo observaron como un proceso de conformación socio-genética de actitudes y comportamientos “civilizados” (Elias 1989), otros autores señalaron la especificidad del autoconocimiento individual moderno, instaurado como responsabilidad del sujeto (Giddens 1997). En dicha empresa fue central la circulación e interiorización de los emergentes saberes de un espectro psi, al apuntalar la posibilidad misma del sujeto para problematizarse (Rose, 1996). En una dirección similar, diversas pesquisas se adentraron en las modificaciones de las representaciones sobre el amor y la sexualidad (Giddens, 1992), el lugar estructurante de la heterosexualidad como dispositivo socio-sexual (Tin, 2012), así como aquellas que abordaron el tenor emocional que el capitalismo promueve en los sujetos que lo habitan, y su impacto en el orden de las industrias culturales, las prácticas relacionales y la economía amorosa (Illouz 2009).

En su afán por dilucidar las formas en que el mundo occidental construyó esta subjetividad específica, Michel Foucault registró no sólo la diversidad de saberes que abonaron esa dirección, sino también su articulación en una lógica gubernamental propia de la modernidad y el liberalismo. La agenda abierta por el filósofo galo le permitió captar, entre varios procesos, una tendencia específica que caracterizaría al lugar del saber/poder médico tras la doble revolución: su extensión como grilla de inteligibilidad sobre distintas esferas. Este proceso de medicalización social comprende no sólo la interiorización de saberes médicos como forma de percibir y nombrar el propio cuerpo, sino también la carnadura de normas construidas al amparo de estos saberes, que autorregulan la conducta (Revel 2009).

Fue así que recuperó, también, una temática cara a sus pesquisas previas sobre la locura (Foucault 1984; 1976), desde un nuevo enfoque. Tras analizar la nueva lógica que comenzó a operar en el saber y práctica psiquiátricos durante el siglo XIX, Foucault planteó la expansión y capacidad instituyente del dispositivo psi sobre aquellas formas de ser y existir “normales” (Foucault 2012). A su vez, ello constituyó un espectro de sujetos espejados en tales estándares, configurando un campo de lo anormal a partir del doble desplazamiento que articuló saberes médico-psiquiátricos al dispositivo judicial. Así, con una nueva operatoria, de carácter grotesco, se constituyó y difundió una lente sobre lo social que entendía a este amplio campo de sujetos en clave de peligrosidad (Foucault, 2010).

La posibilidad de estos procesos devino, en parte, por el aporte de la biología moderna al instaurar un sistema de saber que vinculaba al individuo con su vida desde una clave científica. Su fortalecimiento disciplinar la habilitó para transformar el contenido del significante “monstruo”, desde una concepción mítica a otra naturalizada. Al instituir una regularidad normalizada – amparada en la autoridad científica –, esta disciplina permitió distinguir a sus excepciones como desviación, y al monstruo como espejo anómalo de los seres normales (Fortanet, 2015).

Un punto central en este proceso fue la construcción y patologización de la noción de instinto sexual, que fundamentó la intervención ortopédica sobre este conjunto “disidente”. Foucault advirtió, asimismo, que esta articulación reticular de saberes en una lógica gubernamental instituyó a la sexualidad como dispositivo de inteligibilidad para el sujeto moderno en términos subjetivos, corporales e identitarios. Esta obsesión con el sexo que de allí en más nutrió los análisis de médicos, psiquiatras y criminólogos expone no sólo la efectividad del mismo, sino que informa la manera de estudiarlo: no a través de su propia lente, sino posando la mirada sobre los cuerpos y los placeres (Foucault 2007; 2012b p. 148–150).

En este capítulo nos proponemos estudiar la operatoria médica sobre las sexualidades díscolas masculinas en la Argentina de principios de siglo XX que transitaron por el Depósito de Contraventores de la Penitenciaría Nacional. En una revisión y ampliación de trabajos previos (Allevi 2017), reflexionaremos sobre el delicado cruce entre discurso científico, género y alteridad. Nos valdremos para ello de un corpus de fuentes compuesto por los casos que el alienista argentino Francisco De Veyga publicó en los *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría* entre 1902 y 1904. En esa dirección, pesquisarémos el doble binomio que organizó sus escritos: anomalía–degeneración y cuerpo–conducta.

Los sujetos abordados por este alienista fueron abordados previamente bajo otras lentes de análisis. Algunas pesquisas los retomaron para observar la inserción reticular de estos discursos en diversas agencias estatales en el espacio rioplatense de fines del siglo XIX y principios del XX, al tiempo que las instancias que tales voces encontraron para alterarlos con mayor o menor éxito (Salessi 1995; Barrán 1995). Otras investigaciones ubicaron estos casos en una pregunta más amplia sobre la participación de los saberes psi en los procesos de subjetivación de la sociedad argentina a lo largo del siglo XX (Talak et al, 2008). Algunas autoras también reflexionaron sobre el archivo que el higienismo erigió como dispositivo verbal y visual sobre las sexualidades consideradas anómalas (Ciancio y Gabrielle, 2012). El foco de nuestra hermenéutica discurrirá en un gesto que mucho debe mucho a la apuesta de Donna Haraway (1995) y Paul Preciado (2016). En efecto, sostenemos que se trata no sólo de analizar la contingencia y arbitrariedad que atraviesa a la construcción de verdades con pretensiones universalistas por el discurso que denominamos ciencia. Al mismo tiempo, los sujetos que éste médico vio pasar por las instituciones donde trabajaba exponen la fluidez de cierta experiencia porteña donde sexo y género cuestionaban los límites de la aceptación social y encontraban espacios para su vivencia.

## 2. Degeneración y alienismo local

Desde el último tercio del siglo XIX, Argentina experimentó una profunda transformación social, económica y política que redefinió su perfil interna y externamente. La inserción del país en el sistema capitalista como productor de materias primas trajo aparejada la necesidad de “poblar el desierto”, estimulando la recepción de contingentes migratorios desplazados de Europa, que incrementaron rápida y exponencialmente su población (Devoto 2002). Si esta condición fue el puntapié para un ciclo de crecimiento económico y tímida industrialización básica (Rocchi 2001), lo cierto es que la modernización tuvo su “costo”. La expansión demográfica en tan corto tiempo –y con gran concentración en algunas ciudades–, conllevó una considerable complejización social junto a un crecimiento urbano desbordado. Tras los brotes epidémicos de 1868 en adelante, la cuestión social, y la creciente conflictividad política del movimiento obrero, se tornaron ineludible como problema social y político, convocando la preocupación de las elites (Suriano, 2000).

El cosmopolitismo que caracterizó a los espacios donde se hizo sentir el impacto migratorio arrojaba un panorama desbordante para los intentos de control y homogeneización social “necesarios” para construir una Nación. En este contexto, algunos saberes ofrecieron alternativas para afrontar semejante panorama, destacándose el rol del Higienismo y la Criminología (Sozzo 2011; Salvatore 2001). A pesar del impacto institucional y social que tuvieron muchas de esas iniciativas, los intentos de control social estatal se circunscribían mayormente a las urbes centrales (Di Liscia y Bohoslavsky, 2005).

El marco que guio paradigmáticamente a la elite intelectual que encabezó tales propuestas era variopinto. No obstante, la gran invención teórica de mediados del siglo XIX que facilitó la intervención médica de cuerpos y comportamientos a largo plazo fue la teoría de la degeneración, propuesta inicialmente por Benèdict August Morel en su *Traité de Dègènèrescences* de 1857 y su *Traité de maladies mentales* dos años luego. Este relato con pretensiones de científicidad se volvió un marco explicativo que facilitó al naciente alienismo amplificarse sobre el conjunto de la sociedad: todo sujeto que no respondiese al canon de salud o moral, se transformaba en portador

de una herencia mórbida e indefinida (Caponi, 2009). Años más tarde, Valentin Magnan propuso una reelaboración de ésta en clave evolucionista a partir del concepto de *heredo-degeneración*, con el que combinaba explicaciones anatómicas, sintomáticas y etiológicas. Sobre el final del siglo, Emil Kraepelin recuperaría este corpus, habilitando con su teoría una verdadera biologización de las relaciones sociales (Caponi, 2011). En esta tesitura fue que tanto la medicina legal como la naciente psiquiatría se abocaron a configurar dos figuras dentro de su repertorio degenerativo: el invertido y la lesbiana.

Estas categorías y sus practicantes fueron objeto de atención de los intereses sexológicos *in crescendo* de la naciente psiquiatría. Autores como Karl Westphal, Henry Havelock Ellis y el renombrado Richard Krafft-Ebing medicalizaron estos comportamientos al incluirlos en el vasto campo de las perversiones modernas. En su *Psychopathia sexualis* (1886), éste último partía – décadas antes que Freud – del lugar estructurante que la sexualidad desempeñaba en el psiquismo, al tiempo que sistematizó algunos debates que recorrían a la disciplina. En su postura, el afeminamiento masculino respondía a una maduración mental deficiente, propia de un proceso degenerativo con distintos estadios: desde la atracción por el mismo sexo hasta la “metamorfosis sexual paranoica”, donde se incrementaba la femineidad corporal y subjetiva. El campo de las perversiones, empero, reconocía un sinnúmero de cuadros nosológicos sobre prácticas similares, centrados en la debilidad de la virilidad y el grado de afeminamiento: pederastia, pedofilia, uranismo, hermafroditismo, bestialismo, sodomía, y hasta la homosexualidad “creada” por Krafft-Ebing (Di Segni, 2013).

En un contexto europeo donde la burguesía como clase comenzaba a cimentar las bases de lo que algunos autores entendieron como una hipocresía estructural, que abarcaba desde lo sexual hasta su representación cultural (Gay 1992), la medicina, y en particular la psiquiatría, ofrecía insumos para la codificar emociones y deseos disruptivos en el clivaje de la perversión y la peligrosidad. La urbe moderna no sólo representaba adelanto material; al mismo tiempo posibilitaba situaciones y prácticas que atentaban contra la moralidad estatuida: la prostitución y la inversión sexual constituían ámbitos de fuga social donde las fronteras entre clase y deseo se suprimían (Corbin 2005: 187-188).

Argentina fue un espacio particularmente receptivo de corrientes como el evolucionismo darwiniano-spenceriano, la teoría de la degeneración y la criminología positivista italiana, aunque con tiempos de lectura y reelaboraciones específicas. Mientras su desarrollo en Europa siguió una sucesión temporal, aquí fueron leídas de forma superpuesta y con apropiaciones específicas: Pinel y Esquirol fueron leídos en simultáneo a Morel y Lombroso (Huertas, 1991). A su vez, estos personajes recibieron y actualizaron debates europeos en torno a la denominada “mala vida”, donde ubicaban una serie de conductas en un espectro fronterizo entre la locura y la delincuencia (Dovio 2016).

El debate sobre el concepto y contenido de la nacionalidad al despuntar el siglo en Argentina articulaba mucho de estos discursos: los elementos degenerativos que traían ciertos inmigrantes, las contradicciones de la modernización con la expansión del pauperismo urbano y rural, las ideas eugénicas que comenzaban a ganar terreno en su articulación con los saberes psicológicos (Talak 2005), allanando el camino a su influencia durante la entreguerras (Miranda, 2012). Esta mixtura de representaciones permitió a los alienistas locales diagnosticar una serie de elementos patológicos para el cuerpo social, oscilando entre su inclusión o exclusión discursiva –o concreta–

Dentro de estos personajes, una figura se destacó intelectual y políticamente. Francisco De Veyga se doctoró en medicina en 1890, y comenzó su carrera especializándose en bacteriología en el Instituto Pasteur de París. A su retorno al país, asumió el cargo de profesor de Medicina Legal en la Universidad de Buenos Aires, así como prosiguió su camino en la medicina militar, donde llegó al cargo de teniente general en 1918. Sin embargo, uno de sus espacios predilectos fue el Depósito de Contraventores de la Penitenciaría Nacional, para el cual gestionó su transformación en un Servicio de Observación de Presuntos Alienados en la órbita de la Policía Federal en 1897.

Allí donde obtuvo el campo experimental para las teorías que lo influenciaron durante su formación en Francia.

De Veyga fue uno de los directores de la prestigiosa *Semana Médica*, donde designó a José Ingenieros como secretario tras conocerlo en 1899. Juntos fundaron una de las publicaciones de mayor relevancia nacional y latinoamericana en la materia: los *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*. Como Alejandra Mailhe (2014) se encargó de señalar, esta revista constituyó un espacio disciplinar internacionalizado de articulación y mediación entre profesionales argentinos y latinoamericanos.

A partir de las observaciones en su laboratorio antropológico, De Veyga presentó una serie de casos de inversión sexual en dicha publicación entre 1902 y 1904. Los sujetos por él pesquisados, por su parte, se inscribían en una proficua tematización de la sexualidad anómala a cargo de diversos profesionales que allí publicaban. Así, encontramos títulos tales como “Fetichista con hermafroditismo psíquico activo y alucinaciones eróticas del olfato”, a cargo de Ingenieros y el mismo De Veyga (1902); los trabajos del jurista Lucas Ayaragaray—“Obsesión sexual: la mirada masturbadora. Estudio clínico” (1902) y “Sobre impotencia sexual” (1903)—, o bien las pericias de Ernesto Quesada sobre “Nulidad del matrimonio por impotencia sexual” (1903), entre tantos otros.

### 3. Hombres que nacen mujeres

A fines de 1899, Manón, un joven de 18 años, “de correcta presencia, aspecto afeminado, lampiño, insinuante” (De Veyga 1902a, p. 44) acudió al servicio de Francisco de Veyga por encontrarse enfermo de tuberculosis. Sin embargo, no fue este el motivo por el cual su historia se incorporó en las páginas de *Archivos*, sino por el diagnóstico concluido por el alienista. Manón padecía inversión sexual congénita.

A simple vista, su infancia había transcurrido sin sobresaltos hasta sus 15 años, sin registro de recurrir a la masturbación o haber mantenido relaciones sexuales con mujeres, elementos que reforzaban el carácter innato de su elección sexo—genérica. No obstante, un elemento ambiental de su relato —minimizado por el especialista— había funcionado como detonante. En plena pubertad fue abusada en el ámbito escolar, pues “Su maestro de escuela le acariciaba con demasiada ternura (...) hasta que un día fue invitado por él a acompañarle a dormir. Así se produjo su desfloración à retro. El acto se repitió muchas veces.” (De Veyga 1902a, p. 45).

Esta escena reúne distintos interrogantes. En primer lugar, el abuso sexual y sus perpetradores como problematización moderna fueron solo de forma reciente, como plantea Archimio (2018), quien puntualizó algunos elementos para rastrear dicha figura en el discurso médico y legal argentino durante la primera mitad del siglo XX. Allí no sólo el lugar del alienista que nos convoca en la construcción de una caracterización local, sino también su énfasis sobre las perversiones del vínculo entre impulso genital y psíquico de los agresores sexuales, con lo cual su disciplina podía teóricamente intervenir en su corrección.

Lo cierto es que, en los casos que analizó en el inicio del siglo, De Veyga no manifestaba mayor preocupación sobre la situación traumática que manifestaba su analizado. A decir verdad, en su mirada pesaba más el factor voluntarista del accionar de Manón, quien aparentemente afirmaba no haberse sentido atraído por mujeres durante su infancia, mientras que “siempre fue amigo de las caricias de los hombres, que le producían un placer a que le dejaban ajeno las mujeres (De Veyga 1902a, p. 45).

Posiblemente lo que más intrigaba a De Veyga de este caso no residía en su fisonomía, vestimenta o modismos, sino el misterio que encerraba la definición de sus prácticas sexo afectivas. Manón entendía que el motor del amor radicaba en el placer sexual, y en este sentido el romance con mujeres funcionaba como distorsión, pues el foco se ubicaba en la reproducción antes que en el goce. El alienista indagó en profundidad este asunto para afirmar que, por encima de su experiencia física y psíquica, “su sensación de voluptuosidad física no se localiza en el recto (...) Parece que la excitación de las vesículas seminales por la vía rectal es el factor determinante de

sus sensaciones voluptuosas.” (De Veyga, 1902a: 45). Pero otro factor coronaba la trasgresión de este sujeto, y era el desafío a su condición social masculina, pues “su verdadero placer –lo esencial de su placer- está en la esfera psicológica. Llega al espasmo porque sabe que está entre los brazos de un hombre” (De Veyga 1902a, p. 46).

Es entonces a partir de la inversión psíquica –antes que física– de Manón que el médico analizó los rasgos femeninos de su cuerpo biológicamente masculino. Al hacerlo, su descripción expresaba el repudio y el descrédito a su elección *contra natura*, pero también una serie de indicadores sobre lo femenino que lejos estaban de la objetividad. En efecto, resumía las características de la femineidad de su comportamiento como “pusilanimidad, ligereza, sumisión, sensibilidad; todo lo que es femenino vive en su espíritu, hasta el sentimiento de maternidad representado por un excesivo amor por los niños de pecho.” (De Veyga 1902, p. 46). La tuberculosis que condujo a Manón hacia su consulta era, para el especialista, un indicador más de su doble degeneración, sexual y corporal, antes que el corolario esperable de sus paupérrimas condiciones de vida.

Otros sujetos estudiados por este médico en *Archivos* guardaban similitudes con el de Manón, aunque él leía notables diferencias. Tal era el caso de Aída, que se identificaba con el prototipo de la “mujer honesta”. Nacida en una familia de buena posición e importantes recursos de la Capital Federal, desde niño había destacado en el colegio por sus “maneras delicadas y la conducta ordenada”. La información que había recibido de ella fue otro insumo para que De Veyga considerase su inversión innata, pues siempre había sido cuidada en el uso del lenguaje; jamás, “se le escuchaba palabra indecente, siquiera la más tolerada en el lenguaje infantil” (De Veyga 1902b, p. 370).

Junto con este registro conductual, el alienista asociaba de manera directa o implícita varios factores para fundamentar la supuesta “malformación psico-sexual” de Aída. La holgura económica de su familia era una de ellas, pues le permitía eludir su participación en la lucha por la vida y su consecuente adaptación. Otro tanto correspondía a su aparente erudición limitada. En ese sentido, Aída solamente culminó sus estudios de bachillerato, “y como la familia tenía recursos sobrados para permitirle la holganza, pasó el período que completa la pubertad en la vida tranquila del hogar, frecuentando sólo aquellos camaradas más afines a él, en temperamento y educación” (De Veyga 1902b, p. 370). Femineidad y debilidad intelectual se presentaban como partes inseparables de un mismo binomio, caro a los debates de la época.<sup>1</sup>

Sin embargo, su limitada formación no impidió que su familia le gestione un puesto administrativo en la sede de la Presidencia argentina, donde su lenguaje y buen trato le allanaron el camino. Allí mismo conoció a un *partenaire* con quien comenzó a frecuentar espacios y momentos fuera del ámbito laboral. El vínculo transcurrió sin mayores impedimentos hasta que Aída se sintió “acosado por el escrúpulo de mancillar su honra, incólume hasta entonces” (De Veyga 1902, p. 371), situación que aceleró la sustanciación del matrimonio entre ambos. Lo sorprendente del acontecimiento no fue sólo que la ceremonia se practicase en una iglesia católica, sino que no resultaba un fenómeno extraño para la sociedad porteña de principios de siglo:

El ‘casamiento’ de invertidos sexuales no es un hecho raro, por cierto, pero esta ceremonia no se realiza ordinariamente, sino como un acto de ostentación escandalosa, para hacer público un amancebamiento existente o meditado, siendo siempre gente corrida en el ageno [sic] quien la práctica. (...) El acto se realizó con el aparato convencional de una boda real; ella, vestida de blanco, adornada la cabeza de azahares; él de frac y guante blanco, como si fuera a recibir la santa unción del sacerdote. (De Veyga 1902b, p. 371-372)

A pesar del impulso inicial, la pareja no duró demasiado. Aída no se sentía correspondida, y pasado un año acabó divorciándose, tras lo cual guardó duelo por varios meses, manteniéndose casta y lejos de la vida social. Pocas dudas caben sobre las virtudes y valores epocales que Aída encarnaba:

---

<sup>1</sup> Cabe recordar aquí que apenas un lustro antes de que De Veyga publicase sus reflexiones, Émile Durkheim fundamentaba en su estudio sobre las causas sociales del suicidio que hombres y mujeres atravesaban de manera diferencial el divorcio y su impacto subjetivo, entre otras razones, por la inferioridad intelectual de éstas últimas.

su castidad hasta la consumación del matrimonio, su condición respetable o su aspiración a la monogamia eran elementos que moderaban el rigor del análisis de Francisco De Veyga. En efecto, entendía que “Bajo el punto de vista sexual [Aída] era un impotente completo. (...) Su voluptuosidad consistía en ser poseída por un hombre, en sentir su compañía y su influencia protectora, pero no tenía siquiera el goce de contacto con el amante” (De Veyga 1902b, p. 373)

Luego de atravesar su duelo, Aída comenzó a frecuentar nuevos espacios, aunque más allá de su temple estoico, su condición la acercaba a ciertos ámbitos que funcionaban como instancia degenerativa: “Semejante ‘joya’ en medio de tanta ‘corrupción’ no podía ser mirada sin envidia; lo que es más probable no podría permanecer sin dueño” (De Veyga 1902b, p. 372). Y fue así que Aída contrajo nuevamente matrimonio, pero a los seis meses falleció de tuberculosis. Semejante desenlace permitía al psiquiatra reforzar su perspectiva —anclada en la teoría de la degeneración— sobre el rol que el ambiente desempeñaba en la exacerbación de las patologías mórbidas. Y no sólo porque potenciaban la herencia arrastrada por el individuo, sino también por la sinergia entre quienes elegían travestirse y los “cómplices” que buscaban satisfacer sus instintos sexuales con ellos. De Veyga entendía a estos últimos como invertidos encubiertos que negaban su tendencia homosexual en la elección de una supuesta mujer:

existen al lado de los invertidos, para determinar o fomentar las tendencias homo sexuales, tipos previamente inclinados al goce corporal dentro de su sexo. La idea de aceptarle con un ser de idéntico género, temporaria o permanentemente, no puede tener por origen exclusivo la degeneración mental o la locura; por más extraviadas que sean las concepciones de la mente enferma, siempre hay en el mundo ambiente una base que les sirve de pie, y en ese caso, lo de ‘convertirse en mujer’, sea del tipo libertino o casto, responde a la existencia de una clase especial de sujetos, más numerosos quizás que la de aquellos, o por lo menos tanto, que busca de satisfacer las impulsiones viriles sobre un individuo de su sexo, forjándose la ilusión de que es mujer. De todos modos, el lado del invertido se encuentra el sodomita más o menos encubierto, sirviéndole de complemento o estímulo (De Veyga 1902b, p. 374).

#### 4. Femenidad por adquisición

Tras explorar dos casos que le permitieron ubicar la satisfacción del placer sexual en una lógica invertida respecto a cierta regla natural, y decretarla tendencia innata e inevitable del individuo, el alienista avanzó en otro sentido complementario. En efecto, se abocó a estudiar y documentar las situaciones clínicas donde tales elecciones resultaban “de la contaminación o del desgaste mental, operados en una época ya avanzada de la vida, después de haberse establecido en la más perfecta normalidad el instinto genérico correspondiente a su sexo.” (De Veyga 1903a, p. 193).

Pero ¿cómo se desviaba del instinto sexual en este universo científico? Por la combinatoria de dos órdenes de factores: la actividad genital y el desarrollo mental. Poco importaba si las alteraciones anatómicas o funcionales en cualquiera de aquellos eran congénitas o adquiridas, pues “el secreto patogénico reside en la mutua sollicitación que se ejercen entre ambos centros, en la lucha de influencias o de estímulos que se establece entre ellos desde el comienzo de la vida sexual” (De Veyga 1903a, p. 194). No obstante ello, Francisco De Veyga entendía que uno de éstos factores primaba sobre el resto, y era la degeneración mental que les permitía concebir la posibilidad de asemejarse al mundo de un género que no era el que habían recibido naturalmente. La voluptuosidad con que invisten la idea de mujer a la que apuntaban los invertidos analizados era clave para establecer algún tipo de clasificación sobre los mismos. A excepción de Aída, lejos se encontraban los sujetos analizados en el mantenimiento de las formas y el decoro. A la par de su actitud se acompañaba el montaje para encarnar su elección sexo—genérica

ese aparato exterior del que se rodean, tratando de materializar su idea primordial, no es sino un miserable artificio, en que lo ridículo se mezcla a lo extravagante, en proporción pocas veces tan marcadas, aún en los delirantes más caracterizados. Finalmente, apegados a estas ideas, de orden netamente sexual, se encuentran en ellos, para caracterizar aún más su extravío

mental, obsesiones e impulsiones de índole extraña al asunto, alteraciones nerviosas muy ajenas [sic] al fondo mismo de la perversión genésica, y una conducta por lo regular anómala; en una palabra: un estado mental perfectamente patológico (De Veyga 1903a, p. 194-195)

Estas ideas que Francisco De Veyga pergeñaba desde hacía un tiempo se sustentaban en la detenida observación que hacía de los sujetos que atravesaron los servicios médicos donde trabajaba. Uno de ellos fue el caso de Aurora, un peñador de mujeres paraguayo de 30 años arrestado preventivamente “en un baile de gente de su clase, en el cual pretendió aprovecharse demasiado de la ingenuidad de un asistente a quien había entusiasmado con la aparente realidad de su disfraz” (De Veyga 1903a, p. 195). Una vez conducido al depósito de contraventores de la Penitenciaría Nacional, lo forzaron a cambiar su atuendo, ya que se encontraba vestido por completo de mujer, incluyendo corset, enaguas y ligas. No era la primera vez que la fuerza policial detenía a Aurora, pues contaba con antecedentes registrados, sumados a las contravenciones de escándalo y embriaguez, usualmente atribuidas a estos sujetos para concluir sus reuniones, o bien intervenir si se suscitaban disturbios.

Aurora representaba un tipo especial, definido por su actividad económica. De Veyga la definía como un invertido “profesional”, cuya elección sexo–genérica parecía guiarse meramente por su voluntad de obtener un rédito de ella, “pero adaptándose de tal manera al medio que parece haber nacido para vivir y prosperar en ella” (De Veyga 1903a, p. 196). En efecto, a pesar de su aparente utilitarismo, tanto su fisionomía, sus hábitos, “y hasta su estado mental” eran los de un invertido nato. ¿Acaso era un simulador? Las ideas de José Ingenieros –estrecho colega de nuestro alienista– resultaban una referencia indiscutible. No obstante, parecía existir una confesión que fundaba sus afirmaciones:

No le han faltado tentaciones de simularnos una novela sobre la iniciación a su vida de marica y contarnos, como cosa seria, sus ‘inclinaciones femeniles’, ‘sus gustos artísticos’, su ‘sensibilidad exagerada’, su ‘alma de mujer’, que es el fuerte de todos ellos; pero optó por la franqueza, evitándonos mayor pérdida de tiempo (De Veyga 1903a, p. 197).

Su arribo a Buenos Aires y los apremios económicos parecen haber detonado su simulación, pues “Ninguna sugestión homosexual ha herido su mente (...), ni ha sentido la menor inclinación por la feminidad; al contrario, se consideraba ‘hombre entero’ en todo sentido” (De Veyga 1903a, p. 197). En dicha búsqueda se encontraba cuando una noche, volviendo al hotel donde se alojaba, un caballero lo acompañó e insinuó sexualmente. Ante su sorpresa y ofensa, su incitador logró explicarle y convencerlo de aceptar la transacción, tras lo cual se inició su camino degenerativo. A pesar de prometerse no reincidir en dicha práctica, se transformó en su medio de vida. Lo que Aurora desconocía era que su osada actividad laboral no le era exclusiva, y que “en Buenos Aires había toda una ‘cofradía’ que ejercitaba este comercio”, con quienes debía competir. En los vínculos que sostenía con estos colegas, por su parte, logró perfeccionar su estilo a tal modo que “él mismo no se reconoció: ‘como si hubiese nacido marica’, dice él mismo, contando esta parte de su historia.” (De Veyga 1903a, p. 198). Uno de sus conocidos fue quien le sugirió diversificar su actividad dedicándose también a peinar damas, oficio frecuente entre los sujetos de su categoría, afirmaba el alienista. Pero no sólo en este rubro, ya que, al igual que sucedía con sus pares femeninas, los varones abocados a este oficio obraban como proxenetas, sirvientes o incluso asociados a las prostitutas. “Las procuradoras, de cierta categoría al menos, se hacen un lujo en utilizarlos como secretarios, tratándolos en ese caso con una distinción y una confianza que a ellos mismos admira” (De Veyga 1903a, p. 199). Fue junto a su colega femenina que Aurora acabó implicada y procesada en varias causas, que incluían robos, lesiones y hasta corrupción de menores, en muchas de las cuales fue absuelta por falta de pruebas.

Aurora presentaba un elemento distintivo respecto a los otros casos, y residía en su desarrollo psíquico que, aunque carente de educación formal, era normal. La fachada que presentaba en su lucha por la vida era fruto de su adaptación exitosa, más no de sus inclinaciones perversas, y así fue que, al ser liberada del depósito de contraventores, “después de haber sufrido varios días el

régimen disciplinario que rige allí, su aire de marica parece haberse disipado bastante” (De Veyga 1903a, p. 202).

El interés del alienista sobre este caso no radicaba en su excepcionalidad, sino en el aporte que representaba a la regla general que estaba construyendo: que los invertidos “profesionales” eran al mismo tiempo delincuentes natos. El ambiente desempeñaba una función primordial en esta tendencia, en tanto “Las relaciones que sostienen todos ellos con el mundo lunfardo son tan íntimas como las que acabamos de sostener con el mundo de las prostitutas, probando así, de hecho, que no es sólo ‘sentimiento’ lo que agita el alma del invertido” (De Veyga 1903a, p. 199).

Otro invertido profesional que pudo analizar era, por su parte, comerciante. Se trataba de Luis D., renombrado más tarde como “La Bella Otero”. Nacido en 1890 en Madrid, de familia modesta, el informe del médico no es claro sobre cuándo se produjo su arribo a Buenos Aires. Lo cierto es que Otero “no pudo recibir educación esmerada ni cultivar su mediocre inteligencia nativa” (De Veyga 1903c, p. 497) y, al igual que Manón, había sido abusada por un maestro a sus 10 años. A partir de allí, sostenía que “la primera impresión fue desagradable; pero instado por su amigo, cuya prodigalidad le encantaba, consintió en repetir el acto. En pocas semanas acabó L.D. por encontrar agradable la fornicación homosexual” (De Veyga 1903c, p. 498). En términos físicos, era de baja estatura y buena constitución, aunque de “temperamento inestable, carácter tornadizo e infantil”. Un elemento que llamaba la atención del médico era la pequeñez de sus órganos sexuales, que la Otero atribuía al nulo uso que hacía de ellos. Pero De Veyga encontraba otros rasgos físicos para explicar su elección sexual, pues afirmaba que “Su escaso sistema piloso parece cohonestar su afeminamiento psíquico, así como su pie pequeño y la ausencia de bigote” (De Veyga 1903c, p. 498).

Tras desempeñarse varios años como mucamo, se abocó luego al meretricio homosexual. En ese momento, además, adoptó su nombre artístico, en honor a la renombrada artista española que triunfó en la *Belle Époque* francesa, y “de la que pretende ser su rival”. Su estilo de vida y el hecho de vestirse como mujer le habían causado no pocos problemas con la justicia, siendo detenida en varias ocasiones por desórdenes en la vía pública. Sin embargo, su reputación en el ambiente donde se desenvolvía era buena, pues “Además de ejercer la pederastia pasiva, practica el onanismo sobre sus clientes y no desdeña el ejercicio del coito bucal; entre sus géneres es alabado por esta última ‘habilidad’. Por todo ello consigue tener buenas entradas, dándose una vida relativamente cómoda” (De Veyga 1903c, p. 499). Lo más destacado del caso, no obstante, fue la conclusión general que De Veyga formuló sobre el perfil psicológico de estos sujetos a partir del caso de la Otero: “la vanidad y la mentira se combinan en fuertes proporciones con las anomalías morales que constituyen el núcleo mental mórbido de los invertidos” (De Veyga 1903c, p. 497)

Otro sujeto que pudo examinar este médico fue Rosita del Plata, nacido en España y luego radicado en Buenos Aires. “Sirviente de profesión”, desde hacía 15 años estaba casado con una mujer que conoció en una de las casas donde trabajaba, y con quien tuvo tres o cuatro hijos. Hacía una década, empero, que todos habían partido a España, mientras que él permaneció en Argentina, remitiendo mensualmente un aporte a su familia. En ese contexto, fuera de sus actividades laborales, el sujeto en cuestión disponía de tiempo libre, durante el cual recurría a un divertimento que guardaba desde joven: el disfraz carnavalesco. Fue a partir de allí que pudo participar de numerosos festejos que estimularon su inversión:

Tenía un débil por la figuración en comparsas y fiestas de aparato escénico (...) En este teatro, donde a promiscuidad de sexos se realiza en grande escala, las relaciones homo-sexuales no resultan difíciles de trabar. (...) Y bien, es allí, en esas fiestas, recibiendo el interesado elogio de sus dotes físicas y rozándose con uranistas de toda especie, que empezó a recibir las primeras sugerencias en el sentido de su cambio (De Veyga 1903a, p. 203)

A partir de estos elementos, De Veyga concluye que se trataba de un invertido por imitación, dado que tanto el ambiente degenerativo –donde no se cuestionaban las inclinaciones sexuales– como la volatilidad de su personalidad contribuyeron en su decisión por experimentar semejantes

prácticas. Aquí, entonces, descartada la tendencia innata hacia el mismo sexo, el alienista vinculaba su “adquisición” con una supuesta falta de determinación o voluntad de su analizado, al tiempo que una suerte de sentido de pertenencia que estas prácticas le proporcionaban.

Ninguna razón plausible explica, en efecto, su caída en la inversión. Lo único que él puede decir es que ahí está, contento de ocupar cierta posición entre la gente de su especie, y tratando de divertirse con ella lo más que le sea posible. Por lo demás, explicaciones [sic] en cuanto a la producción de su metamorfosis a las ideas que lo han animado a cambiar su situación sexual, no tiene ninguna que dar (De Veyga 1903a, p. 202)

A diferencia de Aurora, De Veyga entendía que este sujeto no obtenía retribuciones económicas por su comportamiento como tampoco placer sexual alguno, sino que “Su único deleite es saber que desempeña bien su papel de marica, sea en lo que respecta al arreglo de su persona, sea en lo que se liga con el contacto carnal” (De Veyga 1903a, p. 202). En términos fisiológicos, afirmaba que había desplazado sus tendencias normales para dedicarse por a cumplir el rol que tanto lo satisfacía, pero sin por ello haber adquirido la constitución mental de un invertido pleno. Su placer, en apariencia, transitaba por agradar a otro hombre, contentarlo y, de ser posible, mejorar su reputación.

Sin embargo, un caso llamó particularmente su atención, pues resultaba una forma extraña de homosexualidad, suscitada por la perversión del instinto sexual. Esto constituía, en opinión del alienista, una verdadera anomalía. El sujeto en cuestión había contraído matrimonio –como en el caso anterior–, y llevaba una vida económica y socialmente cómoda, hasta que comenzó a frecuentar nuevos ambientes. De Veyga entendía que esta decisión se derivaba de un proceso psíquico demencial, y sus antecedentes familiares resultaban un primer camino para fundamentarla, dado que tenía una hermana mayor “desequilibrada de nacimiento”. La acaudalada posición económica de este sujeto, por otra parte, lo excluía del efecto vigorizante implícito en la lucha por la vida, y con ello se encontraba abonando a su degeneración mental. A pesar de que sus dotes intelectuales parecían ser normales, el médico las presentaba de manera peyorativa cuando señalaba que tenía “poca cultura ulterior. Carácter afable y contemporizador, de buen burgués tranquilo. Figura vulgar, sin signos particulares que lo distingan, ni estigmas degenerativos dignos de consignarse.” (De Veyga 1903a, p. 205).

El cambio en sus hábitos y su personalidad se dio cuando ingresó en su cuarta década, volviéndose irascible, descuidado de su higiene e inquieto al punto de ausentarse de su hogar por períodos de hasta una semana, ante lo cual su familia comenzó a vigilarlo detenidamente. Pasado un año, en apariencia logró estabilizarse y recuperar algunos hábitos y costumbres previas, aunque sin volver a su anterior normalidad: “Su situación es, pues, la de un inválido cerebral, lo que no se oculta ni aún a los ojos de los menos experimentados (De Veyga 1903a, p. 206). Si su familia y vínculos previos habían quedado en segundo plano, otras relaciones y prácticas deberían suplantar aquello que había perdido, y que este sujeto encontró en los prostíbulos cercanos. Lo más curioso en esta situación, empero, era el análisis del alienista, que de pronto parecía encontrar cierta racionalidad en sus motivaciones:

Su propósito, y el interés que lo ligaba a la gente con quien se juntaba, era procurarse los medios de despertar su instinto sexual, profundamente dormido desde que empezó la crisis descrita. En efecto, el hombre habíase apercibido de que ya no experimentaba ninguna de las viejas estimulaciones eróticas que antes lo hacían entrar en excitación (...) pasaba la noche en el burdel, anheloso de que las sugerencias del medio lo ayudaran, ensayando en cuanto le era permitido, todos los recursos prácticos que encontraba (De Veyga 1903a, p. 207)

En rigor de verdad, De Veyga no veía con malos ojos su accionar, y hasta lo conceptuaba como necesario, llegando a afirmar que posiblemente su deseo sexual se hubiese reavivado luego de éstos intentos. No obstante, parece ser que un acontecimiento bifurcó su sendero hacia la normalidad. En semejante ambiente, el sujeto en cuestión recibió una invitación a una “fiesta de

maricas”, donde quedó impactado por las “damas” que allí conoció, aunque no desde un punto de vista sexual, sino desde cierta fraternidad, y hasta compañerismo. Luego de frecuentar en varias oportunidades estos eventos, abandonó su hogar y su familia para casarse con un “solicitante activo”, unión que duró varios años y aparentemente resultó visible en ciertos círculos por el alarde que hacían de su condición y su manejo libertario del dinero con que contaban. He aquí el verdadero problema para De Veyga: no sólo había optado por ser un invertido, sino que, en vez de recluírse para vivir su sexualidad en silencio, “como hacen tantos, la inmensa mayoría por mejor decir, de los invertidos de este género, -invertidos por perversión-, (...) hizo ostentación de su vida, convirtiéndose en una figura llamativa en el medio especial de su actuación” (De Veyga 1903a, p. 207).

Pasado un tiempo, el alienista vio cumplida su profecía. Su estado mental y físico se habían deteriorado notablemente, y vivía de una pensión asegurada por su familia, a pesar de lo cual, no había cesado en sus tendencias homosexuales.

## 5. Amor y moral invertidas

En función de los casos con que se topó frecuentemente, Francisco De Veyga se interesó cada vez más por esclarecer de algún modo el motor que guiaba el comportamiento de estos sujetos. En ese afán, intentaba construir un orden de cientificidad sobre el registro de los actos de aquellos sostenido por criterios morales. En la escucha de los invertidos con que se topaba en sus instituciones, este médico percibía el riesgo de tomar como verídicas sus palabras y convencerse de su juvenilidad. La tarea de la mirada experta era prever su trampa y promover otro concepto “cuando en vez de tomar a lo serio su leyenda la toma por lo que es, es decir, por la invención de un delirante” (De Veyga 1903b, p. 333). En primer lugar, entonces, era preciso desacreditar de lleno las representaciones femeninas que hacían de sí mismos, que no llegaba a ser otra cosa más que una grotesca fantasía y el resultado de su florida imaginación. No obstante,

Eso no quiere decir que el invertido sea un mistificador, ni mucho menos un mistificador de mala fe. Él siente lo que dice y cree en que todo lo que cuenta; por lo bajo, a fuerza de contarlo, ha llegado a convencerse de su realidad. La sinceridad de su relato es idéntica a la de cualquier otro delirante (De Veyga 1903b, p. 333).

Como podemos ver, la elección sexual y genérica de los sujetos que analizaba era el punto de partida para postular su escaso desarrollo mental. El extremo al que llevaban su femineidad era, en opinión del médico, el intento de éstos por llenar –sin éxito– el abismo entre “la ampulosidad del delirio y la realidad de los hechos” (De Veyga 1903b, p. 334). En este sentido, la personalidad que sustentaba su accionar resultaba, pues, deficiente en su articulación psicofísica, dado que

Todo lo que ella hace es transformar las imágenes eróticas que el ambiente exterior o sus propias sugerencias somáticas le comunican aumentando en magnitud o en intensidad según las circunstancias; pero exteriorizarse en actividad como el sujeto pretende, materializarse en la práctica, en una palabra, eso no le es permitido (De Veyga 1903b, p. 334).

Las trayectorias vitales de estas personas, sostenía el alienista, estaba signadas por actos enérgicos y escenas pueriles, absurdas y detallistas al extremo. Pero “¿De qué proviene (...) esta contradicción entre el carácter pasivo de su delirio y la actividad desenfadada que finge o se propone fingir en sus actos eróticos y en sus historias?” (De Veyga 1903b, p. 335). Pues de la idea de mujer que lograron construir, vinculada a la pasión, el dramatismo o el erotismo exultante. A partir de esta imagen que edifican tempranamente es que se adicionan un conjunto de representaciones que recogen del ambiente donde transcurre su vida. Este último factor sería, a su criterio, el determinante

y el que al mismo tiempo lo entretiene y lo conserva. Las tentativas contra-naturales, el ejemplo y las sugerencias indirectas, que a título de broma corriente se reciben con insistencia

desde el colegio hasta el cuartel y desde el cuartel hasta la vejez, es lo que decide á definir, cuando no a hacer estallar la psicosis en estos sujetos; con mayor razón pueden mas tarde (...) influir estas estimulaciones sobre su espíritu (De Veyga 1903b, p. 335).

Junto a este factor es que deben considerarse las tendencias “innatas” del individuo, derivadas de su organización anatómica, que “están acechando la mente alterada para infiltrarle nuevas sugerencias”, pudiendo ser normales o mórbidas; esto es, adecuadas psico-físicamente a su sexo, o bien invertidas. La única realidad en la fantasía que se construyen sobre su aspiración a lo femenino se traduciría en su voluptuosidad sexual, energía que sostendría la confusión derivada de su voluntad de ser otros, y que De Veyga no titubea en denominar como psicosis. Sin embargo, entendía que el objetivo sexual de éstos sujetos se vinculaba más con volver creíble su femineidad y en la entrega a su amante antes que con el goce corporal. Este goce en apariencia meramente psíquico, además, tenía un resultado negativo, pues “si se entregan de lleno al cómplice que eligen y se dedican exclusivamente a hacerlo gozar, lo único que obtienen en pago de su complacencia es la sodomización” (De Veyga 1903b, p. 337). Pero tales esfuerzos serían vanos en la mirada del alienista, pues sus *partenaires* serían solamente pederastas activos en busca de satisfacciones genésicas más o menos inmediatas. La posibilidad de la atracción con un hombre travestido no ingresaba en su perspectiva.

¿Qué ocurría, en cambio, con las tendencias sexuales innatas, “nacidas del sexo real del individuo”? Acorde al alienista, éstas se manifestarían, directa o indirectamente, por encima de su mentalidad, y podían clasificarse como normales –es decir, viriles– o anómalas. Éstas últimas resultaban las más “interesantes” para la mirada experta, pues tendían a entremezclarse con las tendencias delirantes del individuo, y su presencia se comprendía fácilmente dado el carácter congénito de la degeneración de los invertidos.

Junto a su interpretación sobre el sentimiento del amor en estos sujetos, De Veyga continuó sus disquisiciones en torno a su condición moral. En este sentido, señalaba que lejos de la delicadeza que evidenciaban en sus formas femeninas, su sentido moral presentaba “vacíos” considerables, en especial por su participación en actividades delictivas. Su comportamiento, por otra parte, dejaba mucho que desear tanto social como personalmente. En su opinión, se trataba no menos que de inválidos mentales –por nacimiento o accidente– muchos de ellos incluso “degenerados hereditarios”, circunstancia que explicaba para el alienista que diesen curso a sus tendencias mórbidas. Sin aclarar demasiado cómo o cuándo sucedía esta pérdida de las “ideas superiores” que debieran frenarlos moralmente, la degeneración adquirida en que derivaban resultaba, en términos prácticos, similar a una degeneración congénita.

Los casos observados en el Depósito de contraventores, así como el número de causas judiciales por él percibidas, por otra parte, parecían ofrecerle a De Veyga una suerte de ley general. A partir de la misma, afirmaba que el inicio práctico de toda inversión se producía casi indefectiblemente a partir de la corrupción de menores, para luego volverse un recurso ordinario de sus deseos. Valiéndose de los casos de sirvientes que iniciaban a niños por un camino degenerativo, el alienista parecía contradecir lo afirmado años atrás frente a casos como el de Aurora.

En cuanto a los sentimientos que manifestaban, las confesiones recabadas por el alienista le dieron insumos para afirmar que sus sujetos de observación carecían de todo altruismo o ánimo solidario, estableciendo vínculos sólo con aquellas personas que sirviesen a sus fines. E incluso sus iguales, sólo existiría mera complicidad, sin afección o lealtad.

Los sentimientos de afectividad son insignificantes, cuando no nulos. La lealtad y el compañerismo, aun para entre ellos mismos, ausentes del todo. (...) A ese respecto un invertido no se eleva más arriba del nivel de un ladrón profesional o una prostituta, los que, como se sabe, representan el *summun* de la fragilidad en materia de delincuencia (De Veyga 1904, p. 24).

Esta supuesta tendencia al criticismo, donde las formas parecían alterar al médico en mayor medida que el contenido, eran en su opinión una expresión más de su origen y su condición por fuera de la normalidad, y en atentado contra ella, pues “Nada más característico del degenerado que la mezquindad de carácter, la ruindad como se dice comúnmente. A eso se agrega la susceptibilidad exagerada, propia también del degenerado, y ahí se tiene el cuadro tipo del marica” (De Veyga 1904, p. 25).

Por si fuera poco, De Veyga sumaba a este cuadro no sólo que ninguno de ellos era capaz de sostener algún tipo de orden en sus vidas, sino que desconocían el pudor. Sea por el avance de su delirio, sea por frecuentar espacios de la mala vida, acababan por asimilarse a todos los sujetos que habitaban ese amplio espectro que la criminología local buscaba identificar con ahínco. El único camino posible en tal contexto, era el de su degradación paulatina.

Esa es la evolución que sigue el invertido. La felicidad que parece rodear a algunos de ellos no es sino transitoria... (...) El resto no es sino miseria, desprecio o encierro carcelario. La locura sobreviniente, o la demencia ulterior no es rara, pero lo es menos la muerte en el abandono. La tuberculosis se suele cebar sobre ellos como en tantos organismos debilitados (De Veyga 1904, p. 28)

## 6. Consideraciones finales

En este trabajo nos propusimos reflexionar sobre la intersección entre historia, ciencia y filosofía a partir de la producción de un alienista argentino en los inicios del siglo XX. El objeto elegido no fue convencional en lo que refiere a los estudios de género, ya que las monografías de Francisco de Veyga no versaron sobre mujeres *stricto sensu*, sino sobre hombres que reunían una doble condición: al tiempo que se veían atraídos por su mismo sexo, se identificaban el mundo femenino en sus formas de vestir, comportarse o vivir. Las inferencias sobre este último y el ambiguo campo de la anomalía, construido en oposición a una supuesta regla “natural” y científica, resultaron constantes. La posibilidad que nos brinda esta mirada retrospectiva y de conjunto sobre las intervenciones de este alienista en la materia nos permiten no sólo señalar sus puntos débiles, sino –y siguiendo a Haraway (1995)– la arbitrariedad y contingencia de aquello que la ciencia instituye como verdad. Repasemos.

La definición sobre los tipos de inversión se anclaba en la doble condición explicativa del corpus teórico del alienista alrededor de las formas de la degeneración; esto es, herencia o adquisición. En el caso de la primera, ubicó al afeminamiento infantil como elemento que fundamentaba una “malformación psicosexual”, corporizada en las historias presentadas. Sin embargo, la certidumbre del autor sobre su carácter innato se tensiona cuando ingresa el factor de los abusos perpetrados en contexto escolar, no entendidos como tales. Pero el punto central de inflexión radicaba en la subversión que estos sujetos efectuaban sobre su propia condición biológica para adoptar formas y prácticas contrapuestas. Con todo, hemos visto que la evaluación adoptaba un tono distinto cuando esta carnadura se aproximaba al prototipo femenino de la época, sobre cuyos atributos el médico presentaba un criterio unívoco: escaso desarrollo intelectual, debilidad, sumisión, moderación de la conducta.

Otro lugar epistémico tuvo este último factor cuando los casos en cuestión respondían a la inversión como resultado adquirido, lo cual abonaba a cada ejemplo de su tipología. Desde los “profesionales” que hacían de su sexualidad un medio de vida, aquellos que obraban por imitación y satisfacían así su necesidad de pertenencia a ese ámbito, o bien quienes habían pervertido su instinto sexual había con el paso del tiempo. Ninguno había escapado a la influencia degenerativa del ambiente. Dos rasgos, además, los aunaban. Si la degeneración sexual se correspondía con una similar de orden psíquico –en su desarrollo intelectual o su deterioro cognitivo–, el ambiente que los reunía también funcionaba como factor explicativo común. Las asociaciones entre degeneración sexual, moral, delincuencia y prostitución se inscribían en una larga tradición de la

criminología y psiquiatría contemporáneas a De Veyga, que unificaban bajo un mismo rótulo toda práctica que subvirtiera los intentos de ordenamiento sobre la efervescencia social que la modernización trajo a las grandes ciudades.

Otros factores también ingresaban con igual grado de fuerza explicativa. Por un lado, el criterio evolucionista de la lucha por la vida, que podía bien contribuir a la degeneración personal cuando ejercía menos presión –los casos acaudalados–, bien explicar el recurso a la inversión como un medio más en el camino a la supervivencia urbana. Por otro, la variable corporal, estudiada desde su fisionomía como de su morfología. En casi todos los casos que abordamos, pudimos observar los nexos construidos entre rasgos físicos y degeneración, resultando paradigmático el de la Bella Otero, donde el escaso desarrollo de sus órganos sexuales se ubicó como la causa de sus prácticas sexuales.

La versión que los invertidos enunciaban sobre sí mismos era, para De Veyga, indefectiblemente delirante, en tanto respondía a sus intentos –fallidos– de encarnar imágenes del universo femenino. Al no poder alcanzar aquello que deseaban ser, el resultado ineludible era la exaltación que notaba en la mayoría de ellos. La única realidad que reconocía en su construcción imaginaria reposaba en el sensualismo exagerado de su accionar, mientras que la base de su goce psíquico residía en alcanzar la credibilidad del rol que desempeñaban. En esta dirección, el especialista descartaba que tales sujetos pudiesen dar o ser retribuidos amorosamente: bien porque su condición no podía despertar sentimientos genuinos en sujetos normales, bien por la anormalidad que definía a sus respectivos *partenaires*.

Algunos elementos de la construcción que Francisco De Veyga ofreció sobre aquellos sujetos que cuestionaban el orden social en sus formas de actuar, presentarse y ser en el mundo, aún tras el paso de un siglo, perviven en el sentido común. Su argumentación conduce, de manera más o menos explícita, a una representación donde ambas formas de la degeneración que éstos encarnaban se fusionaba en el mismo repudio. Esa misma conclusión, sostenemos, es el talón de Aquiles de toda su teoría, y la posibilidad misma de rebatirla. Así, el ejercicio hermenéutico de este capítulo procuró no sólo exponer sus debilidades como una forma de interrogar –desde el pasado– los estigmas del presente, sino también, aunque de forma menos explícita, de iluminar las posibilidades que estos sujetos “marginales” lograron construir para su existencia en la Buenos Aires de principios del siglo pasado.

## Fuentes

---

- Ayarragaray, L. (1902), “Obsesión sexual: la mirada masturbadora. Estudio clínico”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines* 1 (2): 273-275.
- Ayarragaray, L. (1903), “Sobre impotencia sexual”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines* 2 (2): 268-271.
- De Veyga, F. (1902a), “Inversión sexual congénita”, *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría* 1 (1): 44-48.
- De Veyga, F. (1902b), “Invertido sexual imitando a la mujer honesta”, *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría* 1 (3): 368-374.
- De Veyga, F. (1903a), “La inversión sexual adquirida. Tipo de invertido profesional. Tipo de invertido por sugestión. Tipo de inversión por causa de decaimiento mental”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines* 2 (2): 193-208.
- De Veyga, F. (1903b), “El amor en los invertidos sexuales”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines* 2 (3): 333-341.
- De Veyga, F. (1903c), “La inversión sexual adquirida. Tipo profesional: un invertido comerciante”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines* 2 (4): 492-496.

- De Veyga, F. (1904), “El sentido moral y la conducta en los invertidos sexuales”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines* 3 (1): 22-29.
- Ingenieros, J. y De Veyga, F. (1902), “Fetichista con hermafroditismo psíquico activo y alucinaciones eróticas del olfato”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines* 1 (5): 616-621.
- Quesada, E. (1903), “Nulidad del matrimonio por impotencia sexual”. *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines* 2 (1):143-148.

## Bibliografía

---

- Allevi, J.I. (2017), “La creación clínica de normas sexuales. Nosología, patologización y contramodelos sexuales en la Penitenciaría Nacional (1901-1904)”. *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana* 26 (1): 126-147
- Archimio, E. (2018), “Para una genealogía del violador. Prácticas penales, discursos médicos, psiquiátricos y criminológicos en la configuración del agresor sexual en Argentina en la primera mitad del siglo xx”, *Sexualidad, salud y sociedad. Revista latinoamericana*, 28 (1): 30–50.
- Barrán, J.P. (1995), *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos. La invención del cuerpo*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Corbin, A. (2005), “El encuentro de los cuerpos”, en Corbin, A., Courtin, J. J., Vigarello, G., *Historia del cuerpo. De la Revolución Francesa a la Gran Guerra*, Madrid: Taurus.
- Caponi, S. (2011), “Para una genealogía de la anormalidad: la teoría de la degeneración de Morel”, *ScientiaeStudia* 7 (3): 425-445.
- Caponi, S. (2009), “Para una genealogía de la psiquiatría ampliada”, *Cadernos Brasileiros de Saúde Mental* 3 (6): 106-125.
- Ciancio, M. B., Gabriele, A. (2012), “El archivo positivista como dispositivo visual-verbal. Fotografía, feminidad anómala y fabulación”, *Mora* 18 (1): 0-0.
- Devoto, F. (2002), *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Di Liscia, M. S. y Bohoslavsky, E. (2005), *Instituciones y formas de control social en América Latina 1840–1940. Una revisión*, Buenos Aires: Editorial Prometeo/Universidad Nacional de General Sarmiento/Universidad Nacional de La Pampa.
- Di Segni, S. (2013), *Sexualidades. Tensiones entre la psiquiatría y los colectivos militantes*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Dovio, M. (2016), “Conductas desviadas socialmente o de ‘mala vida’ desde el positivismo criminológico en Argentina (1902-1923)”. *Historia e Perspectivas* 54 (1): 137-165.
- Elias, N. (1989), *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fortanet, J. (2015), “Anatomía de la monstruosidad: la figura del monstruo como objeto de la mirada médico-anatómica moderna”, *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia* 67 (1): 088.
- Foucault, M. (2012a), *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. 1ª ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2012b), *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1976), *Historia de la locura en la época clásica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2010), *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007), *Sexualidad y poder. Sexualidad y soledad. La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad*. Barcelona: Folio.

- Foucault, M. (1984), *Enfermedad mental y personalidad*, Barcelona: Paidós.
- Gay, P. (1992), *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud. Tomo II*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Gidens, A. (1995), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona: Ediciones Península.
- Giddens, A. (1998), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid: Cátedra.
- Haraway, D. (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres. La invención de la naturaleza*, Madrid: Cátedra.
- Illouz, E. (2009), *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*, Buenos Aires/Madrid: Katz Ediciones.
- Mailhe, A. (2014), “El archivo de Archivos: un latinoamericanismo eurocéntrico en la psiquiatría y la criminología de principios del siglo XX”, *Varia Historia* 30 (54): 655–678.
- Miranda, M. (2012), “La Argentina en el escenario eugénico internacional”, en Miranda, Marisa y Vallejo, Gustavo (dirs.). *Una historia de la Eugenesia. Argentina y las redes biopolíticas internacionales. 1912-1945*, Buenos Aires: Biblos. Pp. 19-64
- Preciado, P. B. (2016), *Manifiesto contrasexual*. Barcelona: Anagrama.
- Revel, J. (2009), *Diccionario Foucault*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rocchi, F. (2001), “El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916”, en Lobato, M. (comp.), *Nueva Historia Argentina: El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Rose, N. (1998), *Inventing ourselves. Psychology, power and personhood*, New York: Cambridge University Press.
- Salvatore, R. (2001), “Sobre el surgimiento del estado médico-legal en la Argentina (1890-1930)”, *Estudios Sociales. Revista universitaria semestral* 11 (20): 81-114.
- Sozzo, M. (2011), “Los exóticos del crimen. Inmigración, delito y criminología positivista en Argentina”, *Delito y Sociedad* 20 (32): 33–51.
- Suriano, J. (comp.) (2001), *La cuestión social en la Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires: Editorial La colmena.
- Talak, A. M. et al. (2008), “La psicologización de la sexualidad en la Argentina (1900-1970)”, *Anuario de Investigaciones. Facultad de Psicología. UBA* 15: 169-177.
- Talak, A. M. (2005), “Eugenesia e higiene mental. Usos de la psicología en Argentina (1900–1940)”, en Miranda, M. y Vallejo, G. (comps.), *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Buenos Aires: Editorial Siglo XXI de Argentina.